

Un Premio y la Cultura

por Sebastián Salazar Bondy

La reciente institución de un premio anual para la novela por Juan Mejía Baca y Pablo L. Villanueva es un episodio más de la curiosa vida cultural del Perú de nuestro tiempo. Dos hombres de trabajo, dos industriales, que han ganado nombre y solvencia gracias a su paciente esfuerzo personal, se proponen realizar con plenitud una obra en la cual el Estado ha fracasado. La iniciativa privada, de este modo, da una lección a los organismos oficiales —a los de Educación, en el caso presente— con respecto a la mejor manera de fomentar la cultura en nuestro país. Artículos, opiniones callejeras, encuestas periodísticas, etc., todos los conductos a través de los cuales se expresa el público, han estado acordes en afirmar que el establecimiento de ese lauro contrasta con la precariedad económica, ineficacia técnica y crisis que campean en los llamados Concursos Nacionales, hasta hoy sólo motivos de escándalo y disconformidad entre personas y grupos. Existe la casi seguridad, tanto por la entereza moral de los organizadores cuanto por la reglamentación a la cual estará sujeto el certamen de que el premio de Mejía Baca y Villanueva dará comienzo a una nueva etapa en la labor cradora de los escritores peruanos.

Vocación y Riesgo

No hay, aunque a algunos les parezca fruto de la exageración, nada absurdo en este pronóstico. En otros países de este continente —y aún en algunos de Europa— la experiencia demuestra que la presencia de un estímulo intelectual suscita siempre una respuesta edificante y entusiasta. El reconocimiento público de los méritos, que la recompensa material concreta, es todo lo que pide quien se entrega, quizá robándole tiempo al reposo y la diversión, a un quehacer puramente espiritual. No creo que haya nadie que se resista a la emulación que implica cualquier competencia, sobre todo si el que interviene en ella tiene confianza en sí mismo y en su obra, que lo representa. Si es posible encontrar una mayoría que reclame un criterio equitativo y honesto en la emisión del juicio. Si emana de ese ánimo, el galardón es honroso. La buena disposición general hacia esta clase de premios puede constituir todo un clima. En tal situación, muchos de los que por falta de fe, negligencia, pereza o simple escepticismo no trabajan pudiendo hacerlo, se sentirán y llamados a llevar a cabo lo que su inspiración les dicta íntimamente.

Es corriente ver entre nosotros gentes dotadas para la literatura —lo mismo cabe afirmar en lo relativo a las artes plásticas, la música o el teatro— que abandonan esta primigenia inclinación debido únicamente al temor, muy justificado de otra parte, de convertirse en verdaderos parias de la sociedad. La miseria pende como una espada de Damocles sobre todo aquel que nace con una vocación que conduce hacia la inteligencia. No deja de ser cierto, que en último caso, para no ser víctimas de de aquella maldición, es mejor y hartamente desviar el llamado hacia otras tareas más prác-

ticas y, por ende, menos riesgosas. Aquella imprecación que Baudelaire ponía en boca de la madre del poeta, puede tener en el Perú una versión especial: engendrar un artista no es aquí dar vida a un monstruo —como en el poema del autor de "Las Flores del Mal"—, aunque sí dar existencia a un desgraciado, a un inválido.

Veneno y Antídoto

Es deber de todos, incluso de aquellos a los que no les interesa el cultivo del espíritu, de los que sueñan con un mundo de máquinas y estructuras funcionales, colaborar para que entre nosotros florezca la cultura. Ya se ha dicho que un país no se mide solamente por pisos, caballos de fuerza o kilowatios de energía eléctrica, sino también por la calidad de las creaciones de sus poetas, sus novelistas, sus pintores. Aplicado este rasero al Perú, sólo un milagro puede en la actualidad salvarnos. Excepto unos pocos casos de obstinada supervivencia, la inteligencia peruana yace en un marasmo vergonzoso. Todo merece la ayuda de todos: la industria, el comercio, el deporte, etc. Pero el arte —y también, por supuesto, la ciencia pura— persisten únicamente por el empeño de unos cuantos, a los que, además, el Estado, el país oficial, no les concede la más mínima importancia. Los síntomas de esta situación son innumerables: no hay museos, no se protege al libro, los premios ministeriales son ridículos, se han eliminado los agregados culturales en el extranjero, sobre la música pesan impuestos abrumadores, la Universidad es una fábrica de títulos, escasean las bibliotecas, etc. Esto en Lima, ya que si meditamos sobre los problemas culturales de las provincias, los hechos asumen caracteres de verdaderas tragedias.

Menos mal que existen empresas como la que forman Mejía Baca y Villanueva: su tarea se impone como verdadero antídoto contra lo que puede ser la muerte del espíritu, su envenenamiento por la indiferencia y el desánimo. Los famosos Concursos Nacionales —a los que poco a poco los verdaderos artistas van dejando solos, debido al desprestigio de que están cada día más rodeados— son fórmulas en el papel que, a la postre, sólo sirven para desatar la discordia. El premio anual para la novela, instituido recientemente por aquellos dos editores, tal como otros concursos convocados por entidades particulares, es el único impulso que la buena literatura recibe hoy en nuestra patria. No en vano sus fundadores han recibido el aplauso agradecido de los que están dedicados al trabajo intelectual y que, aunque éstos no lo sepan quienes debieran saberlo, representan esa sustancia eterna del país, lo que el tiempo enriquecerá con su pausada y justiciera mano. Algún día se escribirá la historia de hoy: Mejía Baca y Villanueva tendrán, por esta y otras obras, una perdurable palabra de reconocimiento.